

Alerce

N° 118, junio de 2024. Sociedad de Escritoras y Escritores de Chile. Director: David Hevia.

Carlos SmithS: el verso despertó temprano y fue artesano del agua

Historias de encinas

(del libro *Eros y erótica*)

¿Y si estuvieses tendida sobre la yerba de la pradera, y me sentara a tu lado y te hablase sobre abejas que cantan y pájaros que hacen polen con las piedras del río? ¿Y si te acercaras a mi lado a escuchar historias de encinas? ¿Y si al finalizar tuvieses mis palabras en tu mano, y vieras sus matices, sus murmullos, sus diseños? En ese instante cercano ¿qué silencio me dirías?

De mar

(del libro inédito *Valparaíso*)

Era usted pez de callejones y mercados habitante de escalones y afanes rutinarios de veredas alcohólicas y miradores nativo de la angostura íntima de los necesitados.

El peso de la luz lo acercó a esas rompientes su piel deshabitada su comida inevitable y como el mundo es más grande que la filosofía usted despertó de madrugada con la amenaza de un reloj inexorable desayunó en silencio plagiando la llovizna de la bruma y partió hacia la caleta delineando un trayecto sinuoso y cotidiano.

Saludó a los pescadores ideando que eran sus hermanos y silbó una melodía añosa imitando al viejo afilador de cuchillos de las alturas de su barrio Zarpó transformado en artesano del agua vestido de tejedor de ilusiones y sustento con la luna intentando perforar el alba para navegar sobre los bandazos del océano Bajo la bóveda eclipsada del amanecer usted y cuatro compañeros lanzaron las redes a los subterráneos de la espuma atados a la certidumbre mágica de abastecerse de las fertilidades del mar Y como el planeta es más pequeño que la realidad bajo la cúpula celeste de la mañana recogieron redes y espineles y sumaron cinco peces de pobreza porque la flota de goletas había recogido el excedente porque los barcos factoría habían tatuado un desierto en los abismos de la inmensidad.

Regresaron convertidos en navegantes sin patria para recalar igual que migrantes embarcados en la desesperanza con el sol intentando iluminar la superficie para vaciarse sobre la estela espumosa de la travesía. Se despidió de sus colegas en marea baja y tarareó un rancio bolero de tabernas imaginando ser el italiano de las menestras de su calle en tardes que bajaba cantando que valía la alegría vivir.

La liviandad de la brisa lo regresó a su camino inevitable a su cotidianidad deshabitada Usted deambuló de mediodía con la timidez de un pincel cansado almorzó en silencio como la niebla después de un aguacero y adormeció su libertad lo mismo que un ángel derrotado Al atardecer bebió cerveza embriagado de infortunios durmió hasta el alba maldecido por un reloj inevitable desayunó nostálgico igual que una tarde de domingo y partió hacia la caleta trazando un camino ondulante y reiterado.

El viento

(del libro inédito *Valparaíso*)

El viento ofrenda al viento los orígenes y el agua fortalece al viento y al resol que la clarea así en su empobrecida vestidura de ascensores y callejas las gentes abrazan el sonar de latones que golpetea el silencio de los corredores urbanos y las ropas que cuelgan de balcones y ventanas.

El humo de las comidas callejeras confunde a la brisa y la neblina engrandece a las acróbatas de las esquinas en un incoherente soplo a la simetría de los cuerpos con el aire: cereales y hortalizas en los mercados pescadores taciturnos en la pleamar todo esbozado en sonrisas desgarradas inmersas en la discreción de la bahía en la extensión vehemente de los ajetreos cotidianos.

Quién soy yo sin usted y usted sin nosotros ciudad museo de naufragios vigía secular de las travesías marineras: ferroviarios vaporinos educadoras ilustradas portuarios insurrectos sahumadoras entrañables pescadores comerciantes maestras del espinel estudiantes que de hilo en hilo enaltecen la libertad del sol todos cantando la claridad terrestre de los transeúntes la dulzura matutina de ferias y almacenes.

Eres el muelle del mundo la espiral la semilla cordillera de los gatos granero del arte taller de la demencia origen de las cenizas lomas y quebradas rebosantes de vecindad Madre ciudad guarida de la bruma vientre de las ventiscas de los árboles caminantes que arrastran las calles hasta el cielo Te abrazamos te pintamos te escribimos te cantamos en las disparatadas laderas donde el aire se fragmenta en cuarenta y dos gemidos penetrantes.

Siempre hemos existido en tus diseños en la curvatura de tus líneas en la pradera azul de cormoranes y goletas.

¿Cómo decir una vez más lo ya dicho tantas veces? La vida sin belleza entristece.

Cómplice

(del libro en preparación *Diario de fin de día*)

Serenar el dolor es oficio de cometas. Reinventar el aire es tarea de gaviotas y partir es regresar para decirte que me voy. Resta, volver a la ciudad inundada por el viento, al maravilloso silbido de las cuerdas.

Te regalo mis años, mi respiración, mis demonios y mis dioses, convertidos en un viaje sin destino, transformados en los retraídos habitantes de los peldaños de la imperfección.

Después que las respuestas nos buscaron y no nos pudieron encontrar, siglos de civilización quedaron sumergidos en el fango.

El amarse había sobrepasado las intenciones humanas. Los ancestros habían sobrevivido a pesar de las varas invasoras.

Cuando mi condición entera está en el pensamiento, en fechas en que recorro los tablados de la incertidumbre, cuando en mi semblante dejás grabadas todas tus señales, espero que no te conviertas en cómplice de mis errores.

Mugarte

(del libro inédito *Valparaíso*)

Lo que movía el relato eran los disturbios geométricos del agua, el mutismo de la mariposa el ventarrón de haber sido una detenida aparecida que logró ser la narradora de recuerdos y academias en meses en que el corazón de la locura se paseaba por la ciudad como un lagarto sin sol.

En días en que tu cuerpo camina con más lentitud que tu sombra mis ojos duermen por ti y mi mano escribe tu nombre sobre las blancas paredes del mar.

Paraguas verde

(del libro *Eros y Erótica*)

Si usted abre su paraguas verde dentro de una farmacia antigua, lloverán hojas de hierbaluisa y flores de pasiflora sobre el llanto de su tranquilidad.

Si no lo usa, saldrá el sol tras los estantes, se adosará a sus instintos, circulará por recodos sombríos y verá el polvillo gris de las vidrieras.

Usted se iluminará de cercanías, de sanaciones heredadas y se transformará en el extracto cobrizo de la damiana, en diminutas raíces tatuadas de claridad. No la imagino, la veo, aunque no está, la escribo, aunque no la veo, la acerco, la desdoble, la descubro, la despierto, diviso su paraguas nueve de cada seis veces que usted se va.

Carlos SmithS nació en Pitrufquén, La Araucanía. Es músico, poeta y autor de los libros *Pedagogía de lo humano* (2008), *El Oráculo de nuestros días* (2015) y *Eros y erótica* (2020).



La joven lectora en la obra de Renoir, un ensayo de Victoria Ramírez Llera

Pierre-Auguste Renoir nació en 1841, en una Francia todavía bullente tras las revoluciones que habían posicionado a la burguesía como la clase sostenedora del nuevo orden y en el cual el arte y la cultura tenían un papel visible. El primer trabajo que Renoir presentó al «Salón», nombre que recibía la exposición que cada año organizaba la Academia de Bellas Artes, fue *Esmeralda bailando con su cabra*, tema tomado de la novela *Nuestra Señora de París*, de Víctor Hugo (Feist 10). Esta inspiración no parece casual: el impresionista no bebía solo de las postales prodigadas por el paisaje o la vida cotidiana, sino que los libros eran también una fuente que nutría su creatividad y la lectura se convertiría en uno de los tópicos más reconocibles de su obra. Al gran decenio del impresionismo, comprendido entre 1872 y 1883, corresponde una de las obras más icónicas del autor: *La señora Monet leyendo* (1872), en el que la mujer de su colega aparece tendida en un diván con un ejemplar de *Le Figaro*. Poco después, aparecen las obras *Mujer leyendo* (1875-76) y *Jovencita leyendo* (1886). Sobre esta última pintura versa este ensayo. No solo Renoir va a retratar a la mujer lectora en un ambiente de intimidad, disfrutando de un libro o de un periódico: poco a poco se convertirá en un tópico transversal para los artistas de la época, que registrarían, en distintos estilos, la aparición de estante y contumaz lectora.

Todavía bajo el fuerte influjo del impresionismo, las creaciones más tardías de Renoir se van a caracterizar por un estilo florido, marcado por superficies de colores vibrantes y fuertes. *Jovencita leyendo*, que actualmente se encuentra en el museo de Frankfurt, «evoca el recuerdo del tratamiento que él mismo había experimentado diez años antes. El hechizo óptico se ha vuelto todavía más rico y sensual, pero el hombre, al que antes Renoir observaba en una situación nueva, envuelto en luz, se sumerge ahora en un mar de flores llenas de color y no se interesa en modo alguno por el individuo sino como portador de colores casi inmaterializados» (Feist 81). En las mujeres pintadas por Renoir, incluyendo la seleccionada para este análisis, podemos encontrar algunos rasgos comunes. El artista «supo expresar como ningún otro el atractivo de la suavidad en la inclinación y el giro de la cabeza de una bella muchacha, la magia de un gesto elegante, de una mirada cálida, risueña» (Feist 41). En su ensayo sobre la mujer lectora en el siglo XIX, Rebeca Sanmartín destaca que «el hábito de transmisión artística de la literatura se circunscribe entonces a ese acto o puesta en escena en que una mujer o un hombre se sienta en un sillón de su casa, con un libro en las manos y en actitud más o menos recogida» (Sanmartín 8). Esta descripción coincide con el retrato que hace Renoir de la joven lectora, en el que se refleja el estado de perfecta comunión alcanzado entre el libro y la persona que lo utiliza. No obstante, Sanmartín también va a reflexionar sobre cómo la lectura contribuyó a dar forma a la identidad femenina en el siglo XIX. «Si una cultura se expresa por medio de unas representaciones aceptadas por los miembros que componen la sociedad, para comprenderla debemos prestar atención a esas escenificaciones culturales que parecen obsesionarla» (Sanmartín 10). Fabulando desde una pintura De acuerdo con Leah Price, las lectoras del siglo XIX se

relacionaban con los libros mediante tres operaciones: leer (hacer algo con las palabras), manipular (hacer algo con el objeto) y circular (hacer algo a, o con, otras personas por medio del libro, ya sea cimentar o romper relaciones, ya sea dando y recibiendo libros o reteniendo y rechazando (Price 5): A menudo representados como competidores, en la práctica estos tres modos casi siempre se superponen. Imposible leer sin manipular (incluso si ciertos géneros se esmeraron en suprimir cualquier mención de manipulación), o poner las manos sobre un libro sin que haya pasado por las manos de otra persona (incluso si otros géneros imaginaban los libros como objetos encontrados), continúa Price (Price 6). Si nos remitimos a los criterios de Price, en el cuadro de Renoir escogido para este análisis, la joven lee, por lo que hace algo con las palabras, sostiene el libro, por lo que hace algo con el objeto, y, dada su juventud, podemos inferir que el libro no le pertenece a ella, sino que probablemente sea un bien de su familia, acto en el que estaría presente, entonces, la circulación. Trataremos, entonces, de dar respuesta a algunas preguntas a modo de pie forzado, que facilitarán el análisis e interpretación del cuadro de Renoir.

¿Quién lee en el cuadro de Renoir, y qué lee? La pintura retrata a una joven de alrededor de quince años sentada en una silla de madera, con un libro encuadernado en rústica abierto completamente, gesto que nos deja ver texto en la página par y una ilustración en la página impar. Sabemos que en el siglo XIX, la industria de la imprenta presenta un crecimiento significativo, permitiendo la circulación de libros, revistas, periódicos y panfletos a bajo precio, a la vez que también aparecieron nuevas técnicas que permitieron la producción de libros ilustrados. La joven lectora de Renoir, entonces, podría estar leyendo algún libro de arte ilustrado o alguna revista para mujeres que versara sobre moda, consejos para la vida cotidiana o ficciones románticas.

Cabe señalar que la ilustración deja ver unas flores muy parecidas a las que decoran la habitación en que la jovencita realiza el acto de la lectura. ¿Frente a qué clase de lectora nos encontramos? Como ya mencionamos, se trata de una lectora adolescente, es decir, una lectora con una actitud más despierta y receptiva a la influencia de los libros. Su expresión serena e imbuída da cuenta de que el ejercicio de la lectura le resulta agradable, y que el tiempo que le destina representa para ella un momento de disfrute personal e íntimo. Esto va en sintonía con lo que plantea Amelina Correa Ramón en *El siglo de las lectoras*: Se debe observar, además, en relación con el acceso al libro por parte de la mujer en el siglo XIX, un doble cambio de actitud que, si bien afectó a la generalidad de la población, resultó especialmente significativo en lo concerniente al sexo femenino. Por un lado, se desarrolló masivamente la lectura silenciosa e individual, aunque no se acabó de abandonar del todo lo que tradicionalmente se realizaba en voz alta y con carácter colectivo. Pero en la época decimonónica, este ejercicio se va a concebir principalmente como un acto de -casi- ritual intimidad, ligado a la esfera privada de la existencia (Correa 32).

¿En qué contexto sociopolítico y cultural se lleva a cabo esta acción lectora? El atuendo de la joven y la breve ambientación de la sala que se alcanza a plasmar en la pintura permite suponer que estamos al interior de un hogar burgués. El arribo de la burguesía como clase dominante en el nuevo orden francés representó también una apertura femenina hacia una nueva posición dentro de la sociedad, con mayores posibilidades educativas. Así lo expresa Rebeca Sanmartín en *La mujer lectora*: Tras la Revolución Industrial, la lectora produjo un asombro que convierte a su gesto en uno de los más representados. Sin embargo, algo aquí nos llama la atención: la mujer se alfabetiza y accede a los libros, pero su manera de leer presenta claras y sutiles diferencias con respecto a la del hombre (...) Quizás haya que hablar de un código de gestos y un estilo de comportamiento social en la burguesía que se refleja en la lectura de los libros (Sanmartín 49-50). ¿Qué actitud reflejaron las mujeres decimonónicas en el ejercicio de la lectura? En el mismo texto, Sanmartín hace la siguiente descripción: La libertad, la huida y la independencia a las que ayuda en la mujer la actitud lectora son celebradas en representaciones que se repiten con ligeras variantes: en las obras literarias y pictóricas del XIX hay una copiosa reiteración de imágenes expresivas de conceptos de encierro y escape. Y en los cuadros la lectora se convierte en pionera de las modernas nociones de privacidad e intimidad (Sanmartín 32). De estas palabras, podemos desprender, a partir de la obra de Renoir, que estamos asistiendo a la muerte de un ángel del hogar, estereotipo femenino vigente entonces, para dar paso a una mujer de la nueva era, para quien la lectura abre nuevos horizontes.

Cómodamente sentada, la joven que sostiene el libro muestra una actitud atenta a las páginas que Renoir immortaliza. Aunque no podemos adivinar la obra que es objeto de la lectura, el pintor sí que deja algunos detalles o pistas a partir de los cuales podemos especular. La página izquierda, en la que descansa el texto, no presenta trazos regulares, como si la intención de Renoir fuera marcar algunos renglones destacados, quizás subrayados por un lector previo, quizás por la propia joven solo momentos antes de ser retratada. La lectora de Renoir se inscribe en un entorno hogareño: el

espacio escogido para este encuentro con la lectura es, quizás, el cuarto propio. Algunas décadas antes del señero ensayo de Virginia Woolf, quizás las jóvenes de la burguesía encontraban, en la nueva composición social y a través de los mundos ofrecidos por los libros, los primeros indicios de una vidadistinta, en que la mujer, poco a poco, conquistaría nuevos espacios. El ensayo de Sanmartín que ya se ha citado también registra que, durante el siglo XIX, el ritual de la lectura fue retratado con mayor frecuencia en mujeres que en hombres, atribuyendo esto al carácter revolucionario que representaba la nueva apertura de los libros al género femenino. «Tras la extensión de la lectura en silencio en el siglo XVIII, en la centuria siguiente este rito social fue apropiado dentro del arte y la literatura, de manera muy llamativa, por la mujer», destaca (Sanmartín 9). Sumidas en la lectura, Renoir retrató a amigas y modelos, mujeres jóvenes y maduras, todas en distintas situaciones y actitudes, pero con un elemento común: el de relacionar el acto de la lectura con una situación de intimidad y plenitud para la mujer que lo ejerce.

Al cerrar este ensayo, comparto las palabras de Rebeca Sanmartín sobre cómo la sociedad del siglo XIX, a través de la feminización del público lector, comenzó a valorar los libros como artefactos capaces de dar placer:

«pues en la mujer significaban más el ejercicio del gozo que del deber, y este tipo de imágenes serán las que consagren la noción del lector silencioso en la población femenina» (Sanmartín 24). En el cuadro de Renoir escogido para este análisis veo esas palabras perfectamente recogidas y enmarcadas por la juventud de la lectora: con maestría, el artista supo captar el despertar de una adolescente al encanto de los libros, convergiendo así su ingreso a la vida adulta con el descubrimiento de un placer inagotable como es la lectura.

Bibliografía

Celma Valero, María del Pilar y Morán Rodríguez, Carmen (eds.). *El siglo de las lectoras. Con voz propia. La mujer en la literatura española de los siglos XIX y XX*.

Feist, Peter H. *Renoir*. Köln: Taschen. 2012.

Price, Leah. *How to do things with books in Victorian Britain*. New Jersey: Princeton University Press. 2012.

Sanmartín, Rebeca. *La mujer lectora. El mito del siglo XIX*. Madrid: Archivos Vola. 2019.



© Artdot.com - Pierre-Auguste Renoir - Young Girl Reading